

Espacios afectivos y de cuidados

David Gómez Abad y Antonio Lafuente



*Fotografías propias y del artículo de Claudia Rossi

https://www.pinterest.es/pin/423760646159156467/sent/?sfo=1&sender=589056963669691827&invite_code=7987a5eae4654e2ea4385fa19e1c1e86

Un espacio afectivo es aquel que tiene como objetivo crear comunidades, razón por la cual coloca los cuidados en el centro. Creemos que los cuidados son las tareas que permiten hacer accesibles los espacios para que ninguna persona se sienta excluida, es decir, ayudan a conformar un grupo y crear lazos entre quienes participan en él, generando objetivos comunes. El espacio afectivo es un lugar en donde los profesores y profesoras podrán explorar la relación entre afectividad y conocimiento, un lugar en donde podrán expresarse y sentirse reconocidos, mejorando así su bienestar y florecimiento.

Partimos de una premisa básica: que las emociones y el afecto tienen un papel muy importante para la transformación y la producción de la vida pública. En el caso concreto al que nos referimos en la vida de los profesores/as del Tec de Monterrey, nos interesa hacer énfasis en cómo

los cuidados pueden repercutir en la manera en que los docentes se relacionan y en la forma en la que experimentan el mundo.

Afectos que llaman a la acción

Tradicionalmente tendemos a pensar que los afectos son las emociones y que van ligados a términos positivos, pero la concepción de afectos remite más a una acción. Por decirlo de manera muy resumida, el “afecto” sería la fuerza o la intensidad de la experiencia que predispone a la acción; mientras que la emoción sería el patrón de respuestas corpóreo-cerebrales que son reconocidas culturalmente y que delimitan la forma de los encuentros sociales. (Lara y Enciso, 2013; 2014).

Por otro lado, el ser afectado tendría que ver con la imposición de un afecto obligado, es decir, sin una posibilidad de elección. Los cuerpos son y están afectados por circunstancias no elegidas, pero la afectación también es capaz de reconvertir estas afecciones en nuevas posibilidades afectivas que impulsen la acción colectiva. Precisamente el afectivísimo tendría que ver con no separar afectos y política, sino con hacer un uso político del afecto. Es decir, no establecer una división entre los afectos individuales y colectivos, sino concentrarse en su construcción simultánea donde lo colectivo se emplaza en lo propio, y viceversa. De esta manera, los proyectos desarrollados, más allá de sus particularidades, se enraízan en la experiencia personal y colectiva de la participación de los profesores y sus materialidades, objetualidades y tecnologías, con sus tiempos y sus espacios. (Gil- Fournier, 2016).

Desde la EHE se trata de propiciar un espacio en donde puedan suceder otras prácticas que quizás ni el espacio de la biblioteca, CEDDIE o *Faculty Lounge* permita. Un espacio en donde la acción llame a los cuerpos para afectarse de otra manera, un espacio postfuncional e improductivo en donde se prioricen los gestos conviviales. Se trata de un espacio en donde descansar, pensar, relajarse, compartir, jugar, bailar o interactuar con otros agentes con quienes se comparte el campus, tales como colaboradores, personal de limpieza, personal de seguridad e incluso los animales que nos rodean, propiciando así, un nuevo flujo de afectos que den pie a otras acciones. Un lugar en donde dadas las afecciones que solemos sentir, la sequedad del aire del ambiente, la contaminación, las alergias, el estrés, el agotamiento, el aburrimiento, la falta de luz, etc... puedan ser revertidas.

El papel de los cuidados en un espacio afectivo

Pero entre tanto afecto y afectación, los cuidados se presentan como imprescindibles. Los cuidados son las tareas que nos permiten hacer accesibles los espacios para que nadie se sienta excluido, éstos sirven como la argamasa que permite construir relaciones, tejer redes entre los que participan, ayudándonos a pensar objetivos comunes y construir una comunidad. Son la aportación más necesaria en los momentos delicados y sirven para garantizar el respeto y la libertad entre todos los participantes, utilizando la mediación como herramienta. En definitiva, son *todo aquello que hacemos para mantener, continuar y reparar “nuestro mundo” para que podamos vivir en él lo mejor posible. Este mundo incluye nuestros cuerpos, nosotros mismos y nuestro entorno, todo*

aquello que buscamos entretener en una red compleja de sostenimiento de la vida. Fisher y Tronto (1999: 30).

Por otro lado, únicamente podremos dejarnos afectar por el otro si practicamos la escucha. Para ello, los cuidados nos facilitan que el espacio que habitamos se convierta en un lugar en donde todos/as tengan voz, un espacio en donde se suprima la desigualdad y se visibilice lo invisible, es decir, que todo el mundo tenga no sólo el derecho de hablar, sino la posibilidad real y efectiva de ser escuchado. Se buscaría un espacio en donde la forma de relacionarse sea entre pares, porque los problemas que nos aquejan (competitividad, soledad, desigualdad, insolidaridad), no son problemas individuales, y en la medida en que los comprendamos juntos, nos hará sentirnos parte de un proyecto común.

El hecho de que los espacios afectivos estén gobernados por los cuidados no quiere decir que no sean lugares vibrantes en los que de vez en cuando aparezca el conflicto. De hecho, los espacios de cuidados nacen con la convicción de habitar esos conflictos como indicadores de la innovación. Es en esos lugares en donde se producen los choques, pero también los intercambios. Frente a la eliminación de los conflictos, lo que proponemos para los espacios afectivos es habitarlos y a través de ellos reinventar esos mismos espacios, es decir, ver el conflicto como una oportunidad de ser mejores, y no como un problema a solucionar en el menor tiempo posible.

Los espacios afectivos se asemejan al espacio propio de un parlamento, un parlamento de cuidados, pero no obligatoriamente como espacios ideologizados, en tanto que deberían ser espacios en los que se practique la escucha, el debate, el encuentro, las discusiones y el conflicto. Son espacios que recuperan la confianza en las formas cotidianas de hacer política, hacer ciudad, hacer universidad. Espacios en donde los profesores se sienten capaces de discutir decisiones para transformar su entorno próximo. Estas decisiones suelen estar enraizadas en cuestiones que les concierne y que los atraviesa, por lo que, al debatirlas, practican un tipo de política accesible a cualquiera, en donde la vida de las personas son el centro y la cláusula: “nada sobre nosotros sin nosotros” nos hace que transitemos de la heteronomía a una autonomía y corresponsabilidad consciente que en última instancia nos haga libres.

Para todo ello, repetimos y no nos cansaremos de hacerlo: los cuidados deben mediar nuestra experiencia. Éstos no se harán en un lugar específico ni en un momento determinado, sino que, aunque en unos momentos tengan más protagonismo que en otros, tendrán que tomarse en cuenta en todos los aspectos que definirán ese espacio y, por lo tanto, deben ser infraestructurados. Y es que, si en algún momento nos sentimos tentados a rechazar el debate sobre la importancia que en la construcción de una comunidad tienen las estructuras, debemos recordar que esta actitud es un impedimento para ver las construcciones existentes, por lo que es importante identificar dichas actitudes e intentar cambiarlas en caso de que haga falta. En realidad, esa fe en la espontaneidad da pie a la reproducción de relaciones de dominación que hemos aprendido a través de nuestra socialización vía la familia, los medios de comunicación y la escuela, un colectivo “sin estructuras” se puede convertir en un terreno propicio a las relaciones autoritarias, pero éstas son mucho más invisibles y, por lo tanto, más difíciles de transformar. Es lo que Freeman llama “la tiranía de la falta de estructuras” (1970).

El cuidado como lo estamos entendiendo aquí, no es un mero ejercicio discursivo, por el contrario, hablamos desde una cultura que estima tanto la reflexión, como las prácticas objetuales, y precisamente por eso, proponemos fabricar artefactos o infraestructuras que garanticen nuestros

valores. El cuidado no es una actitud mental, sino una forma de hacer el mundo en el que queremos vivir: una práctica maker y, por lo tanto, una condición que no pertenece a los hacedores, sino a los artífices que fabrican. En otras palabras, *son las cosas las que predicen nuestros valores y los garantizan. Son las infraestructuras que modulan nuestros movimientos las que velan por nuestros valores, las que hacen posible el mundo que queremos construir*, (Lafuente, 2017).

Es por esta razón que cuando un territorio de posibilidad emerge, en este caso la producción colaborativa de un espacio afectivo común, el mapa social cambia. Un territorio afectivo desaparece si no se le elabora, construye, modula, diferencia o prolonga con nuevos avances y conjunciones. Por eso, lo que se necesita de manera urgente es que se les desarrolle con formas, ritmos, invenciones, discursos, prácticas, estilos, tecnologías, es decir, con códigos culturales. Y como nos recuerda Brian Holmes en su Manifiesto afectivista, “un territorio emergente es apenas tan bueno como los códigos que lo sustentan”.

Por último, con respecto a la importancia de los cuidados, tendemos a pensar que las mediaciones y los cuidados tienen un rol, o que hay una serie de personas que se encargan de estos asuntos, pero no es del todo así. Los cuidados desbordan siempre y es tarea de todas las personas involucradas reconocer esas mediaciones naturales haciéndose cargo del cuidado de los demás. Cuidar es una forma de mediación y la mediación es una forma de cuidado. Debido a ello, es importante ser conscientes que la mediación no es solo un rol, que también, sino una práctica a incorporar por todas las personas. Por esta razón es tan necesario distribuirlos e infraestructurarlos para que esas mismas infraestructuras sean las que nos ayuden en nuestra tarea. Tener en cuenta la materialidad de los cuidados es esencial para el sostenimiento de la vida, ya que permite la continuidad de lo productivo y reproductivo. Los cuidados, por lo tanto, también forman parte de la coproducción de nuestra universidad como un concepto que no está separado de las prácticas materiales, sino que se da en el ensamblaje de cuerpos, espacios, y la ineludible necesidad de cuidar y ser cuidados (Gil- Fournier, 2016).

La producción del espacio

Durante un largo tiempo se ha tenido por costumbre presentar el espacio como un receptáculo vacío e inerte que sólo posteriormente sería ocupado por cuerpos y objetos. Este espacio se ha visto siempre como un elemento transparente, objetivo, neutral y, con ello, inmutable y definitivo. Sin embargo, esto no debe entenderse sino como una ilusión que oculta, o en términos de Lefebvre, “más como ideología que como error” la imposición de una determinada visión de la realidad social y del propio espacio, la imposición de unas determinadas relaciones de poder. Una ilusión que rechaza ni más ni menos que el espacio sea un producto social, en donde éste es el resultado de la acción social, de las prácticas, las relaciones y las experiencias sociales, pero a su vez, es parte de ellas. Es soporte, pero también es campo de acción, es decir, el espacio mismo resurge como un actor más, un actor del que deberemos cuidar para que a su vez él pueda cuidar de los procesos que acoge.

Debido a todo esto, pensamos que en muchas ocasiones el espacio adquiere una configuración de confort que puede ser desafiada. Aquel que se hace consciente del código que regula un espacio y es capaz de transformarlo mientras lo observa más como un lienzo en blanco, que como un lugar en el que ciertas dinámicas se han cristalizado, tiene la llave para estimular a los

usuarios a que sean ellos mismos los que produzcan el espacio. En efecto, no sólo podemos reconfigurarlo y experimentar otros amueblamientos, sino que también podemos usarlo para hacer otras cosas diferentes y, en consecuencia, explorar distintas formas de relacionarse, de estar juntos y de construir comunidad.

Rehabitar el tiempo

Finalmente, es también preciso subrayar algo que habitualmente no es valorado en su justa medida. Las personas no sólo somos diferentes en términos de educación, género o poder adquisitivo, sino que también tenemos temporalidades distintas en función de nuestra edad y responsabilidades familiares o laborales. Gestionar las diferentes disponibilidades o temporalidades, como ya hacemos con otras diferencias o con los usos del espacio, es un asunto relevante si no queremos que la universidad sea sólo una opción para una minoría.

En muchas ocasiones los imaginarios de la universidad y sus habitantes son colonizados por discursos que nos obligan a lograr resultados en plazos muy cortos. No en vano, en los albores de la revolución industrial las clases dirigentes promovieron la puntualidad como un deber cívico y una virtud moral mientras denigraban la lentitud y la tardanza con el fin de inculcar en los operarios de las fábricas la nueva disciplina del horario que exigía el capitalismo moderno (Honoré, 2017). En un espacio afectivo se debería tener la habilidad para sugerir otras formas de explicarnos también válidas pero que obedecen a distintas lógicas con distintas raíces, y que autorizan otras formas de trabajar juntos. Rehabitar el tiempo y ser lento significa que uno controla los ritmos de su vida y decide qué celeridad corresponde a cada momento. Si pensar el espacio como un entorno que es susceptible de ser producido es luchar por el derecho a la ciudad (Lefebvre, 1969), pensar en el tiempo como un aliado que está de nuestro lado, es reclamar el derecho a establecer nuestros propios tiempos. Y así, ralentizar el tiempo se convierte en una forma de repolitizar aquello que hacemos.

Referencias

Enciso Domínguez, G., & Lara, A. (2014). Emociones y ciencias sociales en el s. XX: La precuela del giro afectivo. *Athenea digital: revista de pensamiento e investigación social*, 14(1), 0263-288.

Epstein, S. (1995). "The Construction of Lay Expertise: AIDS Activism and the Forging of Credibility in the Reform of Clinical Trials": *Science, Technology and Humans Values*, 20/4, pp. 408-437.

Fisher, B. y Tronto, J. (1999): Toward a feminist theory of caring. En E. Abel y M. Nelson (dir.), op. cit., 36-54.

Freeman, J. (1972). The tyranny of structurelessness. *Berkeley Journal of Sociology*, 151-164.

Gil-Fournier, M. (2016). *Afectos materiales en el OpenLabsMX*. Vivero de Iniciativas Ciudadanas (VIC): <http://viveroiniciativasciudadanas.net/2016/12/29/afectos-materiales-en-el-openlabs/>

Holmes, B. (2010). Manifiesto afectivista. Des-bordes N°0: http://des-bordes.net/archivo/0/brian_holmes.php

Honoré, C. (2007). *Elogio de la lentitud*. RBA Coleccionables.

Lafuente, A. (2017). *Abrir el Sentido Humano*. Manuscrito.

Lara, A., & Domínguez, G. E. (2013). El giro afectivo. *Athenea Digital*, 13(3), 101-119.

Lefebvre, H., & Gaviria, M. (1969). El derecho a la ciudad.

Zuloark (2016). *Cómo hacer un espacio de cuidados*. La aventura de aprender: <http://laaventuradeaprender.intef.es/guias/como-hacer-un-espacio-de-cuidados>